

EXTREMADURA Y EUROPA. UNA RELACIÓN «CENÉFICA»¹

IGNACIO SÁNCHEZ AMOR

Inventar la tradición es un ejercicio contemporáneo utilitario y frecuente, si bien que disimulado. Asumir a las claras la invención de tal tradición requiere mayor desparpajo². Y no digamos admitir sosegadamente la mixtificación. Pero no es menos gratificante desde el punto de vista intelectual. Ni menos esclarecedor, en lo que nos toca, sobre nuestra realidad secularmente excéntrica. Tiene Extremadura una relación con Europa tan reciente como la que tenemos con, no sé, Indonesia. Pero hemos hecho al respecto algo más de literatura. Ésa es la sola diferencia.

Si España ha sido durante los últimos siglos una antigua potencia marginal reconcentrada en la exploración de sus desdichas y de su irrelevancia respecto del entorno continental, pequeña excrecencia geográfica de una, al fin y al cabo, no mucho mayor península asiática llamada Europa, Extremadura ha sido recóndita periferia forzosamente aislada dentro de un suburbio europeo deliberadamente aislacionista. Más *cul de sac*, al fin y al cabo, que un Portugal empujado al océano por su inveterado temor a la succión castellana. Ellos al menos tenían esa enorme fachada marítima desde la que proyectar colectivamente sus miedos hasta los otros confines del mundo. Los nuestros tenían (no sería correcto escribir «nosotros teníamos») que saltar hacia los puertos del sur para, individualmente, huir del paritorio de los dioses hacia los túmulos del poder, el dinero y la gloria. O hacia, tanto da, los muladares anónimos en los que también se pudo la ambición ultramarina. He ahí nuestro corto párrafo americano en los manuales de historia universal. Emborronado además por desenfoques interesados, más que por conspiraciones universales con las que durante siglos justificamos los extremeños nuestra incómoda insignificancia colectiva.

Asumidamente «cenéfica», reconstruida con materiales más o menos artificiales y discrecionales, la relación de nuestra región con su entorno europeo está hecha de estucos más que de vigas, de purpurina más que de óleos y de leyendas más que de historias. Ha sido una relación telemática *avant la lettre*, un levísimo acceso carnal de los que no dejan huella, del tipo del de la luz atravesando un cristal. Lo que nos obliga a escudriñar, en actitud policial, los discos duros que contienen el historial en busca de archivos protegidos por códigos cifrados. Y en el supuesto de que no aparezcan, e interese mucho (como interesa) hallar pruebas de tal relación, dejar caer indicios asumidamente ficticios, un rastro de pruebas falsas, como los policías justicieros del cine a los que no se les pone nada por delante para llegar a las conclusiones previamente establecidas.

Y la conclusión previamente establecida es que, como no podía ser menos, existe una antigua, profunda y fructífera

relación entre esas realidades hoy conocidas como Europa y Extremadura. Una compleja trama de sutiles, pero resistentes, relaciones que ligan, ya para siempre, dos destinos paralelos. No en vano quizá pudo caber a un extremeño el honor de inaugurar la expresión «europeos» para referirse a los que hoy conocemos como tales. Digo «quizá», rebajando el grado de «cenefismo», para no caer de bruces en el anatema académico al respecto. Porque, en efecto, se atribuye al cronista medieval llamado Isidoro Pacensis, supuesto autor de la denominada *Crónica Mozárabe* datada en el año 754, el primer uso registrado del término «europenses» para referirse a los soldados galos y germanos que triunfaron en Poitiers y detuvieron en esa zona el avance árabe hacia el corazón del continente. Así pues, este remoto Isidoro de Badajoz es el ancestro que nos enorgullece al haber escrito esas letras en latín, el primer bautista de los europeos en el sentido moderno del término. Eso si hacemos caso a uno de los padres fundadores de la Europa moderna³.

Si no le hacemos caso, como suele ser la práctica política al uso, podemos plantear algunas preguntas molestas. Una sería si ese Isidoro Pacensis era pacensis por parte de «Pax Augusta», es decir, Badajoz, o por parte de «Pax Iulia», es decir, la portuguesa Beja. Lo que nos deja ya sólo con la mitad de las probabilidades de atribuirnos colectivamente, nosotros los extremeños, haber alumbrado el nombre de la cosa. Y eso si no admitimos de plano (como ha hecho la concejalía de festejos de Badajoz por la vía de hecho atribuyendo la fundación —que no la refundación— a Ibn Marwan), la hipótesis académica de que no hubo tal ciudad romana en esa ribera del Guadiana y que el gentilicio no es más que la consecuencia de un error de transcripción de la época de la reconquista. Que la romanidad pacense, acabáramos, es también atribución «cenéfica» y putativa y que la medalla del bautismo europeo se nos escurre irremediamente hacia tierras alentejanas. Claro que, como pequeña venganza a la que no habríamos recurrido de no haber tenido tan mala suerte, podemos ahora acogernos a las tesis de que no existió tal Isidoro Pacensis y que se trataba nuevamente de un error de transcripción en la referencia a Isidoro Hispalensis, lo que es mediano consuelo al dejar el vocablo, por ahora, en manos sabias, santas y sevillanas. No sólo no estuvimos en Poitiers, sino que tampoco lo contamos. Nuestro gozo europeo originario en un pozo de errores medievales de transcripción.

Nuestra relación con América nace de los que se fueron para allá, del mismo modo que nuestra relación con Europa se basa en los que se fueron para allá. No parece que hayamos fundado relaciones e identidades compartidas acogiendo a gentes que vinieran para acá. Todavía no, al

menos. Conquistamos América, se decía así; pero no nos dejamos conquistar por los muy europeos soldados de Napoleón, ni tampoco seducir por sus enemigos británicos, nuestros aliados. Ni siquiera nos sabíamos merecedores de loores patrióticos al calor de las oportunistísimas celebraciones de la llamada Guerra de la Independencia, heroica carne de novelas de Pérez Reverte y de fastos oficiales concebidos para molestar nacionalistas melindrosos. Hacer el dos de mayo madrileño no debió ser fácil, pero mucho más difícil fue mantener el tres, el cuatro y así sucesivamente hasta el final de la guerra en esta frontera, ocultando hijos varones, caballos y grano de los intendentes del ejército aliado, hasta la más literal extenuación. Nos bastaba con un poema de Byron para certificar La Albuera⁴, una mirada hosca por las requisas de tiempos de guerra y vuelta a nuestro ensimismamiento. Napoleón no había conseguido meternos a capones en Europa, uf!

Lo hizo Franco, discretamente ayudado por sus ministros de economía. A mediados de los cincuenta del siglo pasado, para tratar de ordenar un éxodo desde las zonas rurales españolas a Europa se crea el Instituto Español de Emigración. Hasta entonces se trataba de un flujo desordenado, caótico, personal, aventurero incluso. Luego tuvo honores hasta de tratados bilaterales con Alemania, Francia, Suiza y Holanda. Era la organización del desastre demográfico de media España y de toda Extremadura. Nuestro precedente más cercano de relación colectiva con Europa ha sido la emigración. Nuestra más reciente y directa percepción de lo «extranjero» eran las inextricables telefonistas francesas y el cambio de los marcos alemanes a pesetas. Y, claro está, las películas del protolandismo sobre el heroico, honrado, noble y trabajador emigrante español (extremeño a veces), acuciado por un entorno laboral masculino decididamente hostil y uno femenino no menos decididamente tentador. Europa no dejaba de ser aquellos bikinis, de factura y color improbables, de las nórdicas del cine de barrio español.

Hemos sembrado las pensiones de Europa de cajas de cuétara atadas con una guita. Pasaron los padres, abuelos y tíos de ser destripaterrones rencorosos y reconcentrados a sindicalistas parlanchines y reivindicativos. Pasaron de ser, con qué agudeza se ha dicho, los cobardes que huían de un entorno hostil a ser los valientes que se atrevían con un ambiente adverso. Pasaron de ser, con qué agudeza se ha dicho (siendo lo contrario), los valientes que se enfrentaban a las bárbaras costumbres laborales y gastronómicas del norte a ser los cobardes que no se arremangaron para sacar adelante a su familia y a su tierra al mismo tiempo. Héroe y villanos, pues, janos extremeños de dos rostros, llevan en sus pasaportes y en su alma la doble herida de haber partido y nunca haber llegado del todo. Pero son, a pesar de ello, nuestra más sólida ancla en la entraña europea, todavía no superada por el creciente, pero gaseoso, espíritu Erasmus.

Había un carácter muy europeo en la emigración extremeña. Sí, porque los hombres se iban al «extranjero», a Europa, pero no elegían su destino concreto. Los gobiernos demandaban trabajadores de tales características y las

administraciones españolas hacían reconocimientos médicos y enviaban a los peticionarios aquí o allá, en una especie de borgiana lotería de babilonia que hacía exclamar por las tabernas «me ha tocado Holanda» y por los lavaderos «a mi marido le ha tocado Alemania». Sólo después se organizaron las redes de tracción local que concentraban a los de un pueblo extremeño en una ciudad concreta.

Tanto ajeteo en los trenes correo nos sugiere descansar en las amenas florestas de la Vera, donde se despreza el nuevo mito laico de la espiritualidad europea de Extremadura. Y no es un proceso falto de interés este de la progresiva sustitución en el imaginario colectivo extremeño de un lugar religioso y vinculado históricamente con América, Guadalupe, por este otro laico y ligado a Europa, Yuste. Es un signo de los tiempos. El traspaso sentimental desde Guadalupe a Yuste no deja de ser una muestra más de la secularización de la sociedad extremeña, pero también de la necesidad de conservar espacios sagrados, altares, aunque lo sean desde otro punto de vista mucho más terrenal y cívico. Yuste, yo me he criado en una escuela desde cuyas amplias ventanas se divisaba el monasterio, no tenía esas connotaciones europeas hace no tantos años. Yuste era una referencia imperial, en el sentido franquista de la historia y del vocablo. Yuste era la conexión con las grandezas del pasado patrio y no tenía nada que ver con esa Europa dibujada por el régimen como una taberna ruidosa llena de masones, marxistas, liberales y demócratas, todos antiespañoles y tendentes por ello a la depravación moral. Yuste, lo decía el himno del Colegio Público «César Carlos» de Jaraíz, era parte de un discurso en el que «somos los niños de la Vera lanzas del César y de su honor», de un discurso en el que «hoy nuestro Imperio es nuestra Escuela, y en ella nunca se pondrá el sol». Schumann no salía por ningún lado en el texto escrito con letras góticas en la pared del amplio pasillo. Ni Schumann, ni Monnet, ni Adenauer, ni Churchill. Yuste era el retiro imperial, pero de un imperio españolísimo sobre cuyo carácter meteco sólo algo borroso se dejaba adivinar en aquello de «...y Quinto de Alemania».

Al fin y al cabo, ¿por qué Yuste habría de ser nuestra conexión más nítida con Europa?, ¿sólo porque un emperador, un emperador de tantos, decidió venir a morir aquí? Yuste debió ser entonces como la idea de Babia ahora, un lugar que sólo existe para sus lugareños, pero que para los otros es el no-lugar, el lugar inexistente. «Morir en Yuste» no es muy diferente a «estar en Babia». Lugares reales que remiten a espacios inexistentes, que equivalen a morir en cualquier sitio o a estar en ningún lado. Al contrario de lo que hemos construido alrededor de la idea del viejo gotoso, quizá su intención no era ni siquiera morir en un lugar recóndito, sino que le dejaran morir en paz, lejos de Europa y de sus agotadores conflictos. Quizá quería, precisamente, un lugar insignificante, no en el sentido de la importancia, sino literalmente un lugar sin significado, un lugar al que no se le pudiera sacar punta, un lugar casi no-lugar, un espacio de cero dimensiones políticas. Todo el posterior montaje alrededor no es sino reinención romántica (ese Jeromín atildado presentándose a su augusto padre en el óleo de Rosales de 1869, ese Carlos primorosamente rejuvenecido y atento al golem de Turriano

en el de jadraque de 1877) o recreación paramédica (la tediosa crónica de las enfermedades imperiales tan de moda últimamente). Ni siquiera su cadáver nos dejó el muerto, como para subrayar que en realidad nunca estuvo en el lugar inexistente. Ni el muerto, ni sus cuadros, ni sus relojes, ni sus libros, ni sus muebles. Casi ni monjes. Todo es decorado, todo es simulación, todo es copia, todo es simulacro, todo es recreación posterior⁵. Un Yuste posmoderno sobre el que hemos arrojado todo tipo de guirnaldas significantes para esconder una desnudez tan hiriente. *Eppur si muove*.

Y, sin embargo, en efecto, con esos endeble mimbres históricos, algo se eleva hacia Europa desde Yuste. Alguna conexión sentimos, a pesar de su resplandeciente artificiosidad. Lo que indica una vez más que sí, que las tradiciones se inventan como tales tradiciones incluso antes de poder ser lógicamente tales, antes del paso del tiempo. Es la potencia irrefrenable de «lo cenéfico», una conexión acertada que hace saltar la chispa allí donde antes la humedad ambiente hacía imposible el surgimiento del fuego. Una reinención mixtificadora que mezcla unas pocas gotas de verosimilitud con fuertes dosis de atrevimiento y que, «sin embargo, se mueve». Aquisgrán acogió la coronación de Carlos y Yuste su muerte. Aquisgrán es sede del Premio Carlomagno y del círculo cultural «Corona Legentium Aquensis» desde los años cincuenta. Yuste es sede del Premio Carlos V y de la Academia Europea homónima desde los noventa. No es muy original, pero funciona. Y con prodigiosa celeridad en términos históricos, hoy Yuste es nuestro más sólido eslabón de conexión con la idea de Europa de un modo difícilmente rebatible, habiendo perdido por el camino los no menos artificiales adornos imperiales de cuño franquista. De una impostura a otra, vamos creando y asumiendo nuestra nueva identidad regional con una desenvoltura que para sí quisieran nuestros émulos nacionalistas. Al paso que vamos, si Yuste ya no puede concebirse para nosotros sino como una referencia europea, pronto llegará el día en que la propia Europa sea inconcebible (al menos para nosotros) sin la referencia de Yuste, tales son nuestro atrevimiento y determinación.

Luego ha estado todo eso que hemos hecho estos años, sentirnos orgullosos de tener el carné del club de las democracias respetables, gastar más o menos bien los fondos estructurales, ir dando pasitos por los pasillos bruseleses, prudentes primero, atrevidos después, mostrarnos irreductiblemente proeuropeos en cada elección o consulta, mirar (por fin) hacia Portugal. Pero ya como parte del nuevo catecismo continental asumido sin sarpullidos, obedientemente europeístas, dócilmente europeos, abducidos por la batuta bruselese, mecidos sobre el lomo caliente del toro raptor. Acostumbrados a ser extremeños de tan brava forma, cargando esa tensión y ese impulso casi suicida; no menos acostumbrados a ser españoles satisfechos de tales y molestos por las deslealtades ajenas; somos sin embargo europeos acomodaticios y blandengues, siempre dispuestos a recibir y remolones a la hora de dar. Nuestro superficial europeísmo nada tiene que ver con nuestro sentimiento regional, exhibición impúdica de una identidad recién estrenada, o nuestro temple español, actitud ésta recelosa y reactiva con quienes percibimos como amenazas al proyecto

común. Nuestro europeísmo es, como se decía del lábil sentimiento constitucional español en el XIX, una pellada de yeso sobre un muro de granito⁶. Claro que, si al yeso le pintamos unas vetas oscuras, cenéficas, casi podría pasar por mármol. Y en esa reinención de la solidez de nuestro europeísmo estamos, atribuyéndonos dureza de mármol allí donde sólo hay escayola soluble sobre un granítico sentimiento extremeño y español.

Por todo ello, la relación histórico-geográfico-social entre Extremadura y Europa conduce a este cronista a una inenarrable melancolía, perfectamente antagónica y envidiosa de la satisfacción de otros por haberse encargado de escribir la entrada «Extremadura y Portugal» o «Extremadura y América». Las cosas a veces se definen certeramente por lo que no son. Éste es el caso.

NOTAS

¹ G. HIDALGO BAYAL «La condición cenéfica», *Diario Hoy*, 17 y 18 de julio de 2001. Luminoso artículo que es un agudo análisis sobre, entre otras cosas, la reinención de las tradiciones populares por las personas cultas. «Cenéfica» es la expresión que inventa Gabriel y Galán para «plebeyizar» convenientemente la expresión culta «Muy Benéfica», que es el título que la reina otorga a la ciudad de Plasencia en el poema homónimo de «Extremeñas». Cenéfico sería, en la acepción a que me acojo (y recreo «cenéficamente»), ese extendido interés por detectar raíces y tradiciones inveteradas y espontáneas allí donde no hay sino recreaciones y simulacros contemporáneos e intelectualizados. Lo cenéfico es tan explicativo que debería extenderse universalmente como categoría de análisis; lo raro es que no lo haya hecho ya. Por mi parte, pongo mi granito de arena para el enriquecimiento de nuestro aparato epistemológico regional.

² A. GARCÍA CALVO, *Letra del Himno de la Comunidad Autónoma de Madrid*. «... Y yo soy todos y nadie, político ensueño», 1983.

³ D. de ROUGEMONT, *Vingt-huit siècles d'Europe*, 1961. Hay traducción española. *Tres Milenios de Europa. La conciencia europea a través de los textos*. Madrid: Ed. Veintisiete Letras, 1961.

⁴ G. G. BYRON (LORD), *Childe Harold's Pilgrimage* (Canto I, estrofa XLIII), 1812/18. Unos pocos versos vibrantes, pero no excelentes, dedicados a la batalla de La Albuera. Y sin embargo sólo había visitado la zona dos años antes del hecho bélico. Así pues, lo reconstruyó benéficamente después poblando un vacío paisaje débilmente rememorado de la «gloria y el dolor» que debió conocer por las crónicas. Menos cenéfica es la descripción del cualificado protagonista General Castaño, quien relata a Wellington como se sucedieron los ataques y las maniobras durante siete horas, «bajo fuertes aguaceros» y en «un profundo silencio» en la *Gazeta de la Regencia de España e Indias* de 24 de mayo de 1811, n.º 70, pp. 549 y ss. Episodio extremeño plenamente europeo, el barro de La Albuera enrojó con sangre española, inglesa, francesa, portuguesa y polaca. De ahí quizá lo bien que se da en la zona la garnacha tinta.

⁵ F. J. PIZARRO GÓMEZ y M. T. RODRÍGUEZ PRIETO, *Yuste. El Monasterio y el Palacio de Carlos V*. Badajoz: Fundación Caja Badajoz, 2003.

⁶ T. GAUTIER, *Voyage en Espagne*. Paris: Charpentier Ed., 1856, p. 20.